

PRÓLOGO

Es una gran esperanza para la teología la cuidadosa atención que los teólogos vienen dedicando en este último siglo a las cuestiones trinitarias y, en especial, a las cuestiones pneumatológicas. Son muchos los factores que influyen en este interés creciente. Pienso que un factor se destaca sobre todos los demás y está en la base de esta amplia «recuperación» de las verdades centrales de la fe cristiana: la vuelta a las fuentes y el gran avance que se ha producido en la investigación de la Sagrada Escritura, la Liturgia y los Santos Padres.

Son estos últimos, los Santos Padres, quienes aportan perspectivas e ideas que enriquecen los escritos teológicos actuales, ayudando incluso a la misma estructuración de los tratados. La pneumatología contemporánea debe a los Padres gran parte de su vigor y la coherencia de sus rasgos esenciales. Si en épocas pasadas se pudo decir con relativa justicia que en Occidente la teología padecía un grave *deficit* de pneumatología, ahora se puede decir con mayor justicia aún que esa lamentable carencia está siendo ampliamente subsanada. Este trabajo de Miguel Brugarolas Brufau, que me cabe el honor de prologar, es una contribución científica más que se suma a ese ininterrumpido fluir de estudios, monografías y artículos de investigación sobre la Trinidad en los Santos Padres, que es como un río manso y ancho pero imparable.

El presente estudio está dedicado a los tres grandes obispos y teólogos: san Basilio Magno, san Gregorio de Nacianzo y san Gregorio de Nisa. Es lógico estudiar conjuntamente a estas tres grandes figuras de la Capadocia del siglo IV, a estos tres decididos luchadores a favor de la divinidad Espíritu. La homogeneidad en las circunstancias históricas y geográficas que se dan entre ellos así lo aconsejan; también lo aconseja el dinamismo propio de las argumentaciones que man-

tienen y, sobre todo, la profunda amistad y la mutua admiración que se profesan.

Esta estrecha y obvia relación que se da entre ellos no puede hacer olvidar, sin embargo, la fuerte personalidad especulativa de cada uno —que lo hace diferente de los otros dos—, y su pasión por la verdad. Tal y como se desprende de la meditación serena de los textos, entre Basilio, Gregorio de Nacianzo y Gregorio de Nisa se da un auténtico progreso en el desarrollo de la doctrina pneumatológica, como insinúa el Autor: san Basilio tiene como primer objetivo la defensa de la divinidad del Espíritu; san Gregorio de Nacianzo destaca por haberse adentrado en la procesión del Espíritu en cuanto distinta de la del Hijo; san Gregorio de Nisa, por haber prestado especial atención a las propiedades del Espíritu, a sus *idiómata*.

El Autor nos da la clave de su planteamiento en el título que ha elegido para el trabajo, *El Espíritu Santo: de la divinidad a la procesión*. La pneumatología del siglo IV comienza con la defensa atanasiana de la divinidad del Espíritu Santo, para centrar su atención después en la *procesión* como razón de la igualdad y de la distinción entre el Hijo y el Espíritu. Se trata de una convicción que ha ido madurando el Autor mientras analizaba una vez y otra el tenor argumentativo de los textos, la dependencia y relación que guardan entre sí, y su progresión especulativa. Las ideas tienen su propia vida y su propio dinamismo que les lleva hacia la plenitud de su desarrollo; así sucede también en los tres grandes Capadocios incluso en medio de las intrincadas situaciones políticas y religiosas que les tocó vivir.

En conformidad con su visión de la relación especulativa entre los tres Capadocios, el Autor ha dividido el trabajo en dos partes: la primera, *Unitas in Trinitate*, dedicada a san Basilio y san Gregorio de Nacianzo, y la segunda *Trinitas in unitate*, dedicada a san Gregorio de Nisa. En la primera, se subraya la igualdad y la unidad de las tres Personas divinas; en la segunda, se subrayan las propiedades y la distinción entre las Personas.

Aunque las cuestiones específicas sobre el Espíritu Santo sólo se hicieron notar con presencia refleja en el siglo IV con el acicate de modalistas, arrianos, eunomianos, apolinaristas y pneumatómacos, la convicción de que el Espíritu que Jesús había enviado a su Iglesia permanece en ella y la edifica en santidad, estuvo viva desde los primeros momentos, como testimonian los escritos del Nuevo Testamento y los Padres Apostólicos, especialmente el *Martyrium Polycarpi*. Esta fe de los comienzos se ha manifestado de forma esplendorosa y constante en la oración cristiana —que se dirige al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo—, y en los sacramentos —especialmente el Bautismo

y la Eucaristía-, en los que se recuerda que el Espíritu está presente como dador de vida y como santificador universal.

La atención a la intervención de las tres Personas divinas en la historia de la salvación aparece ya de modo elaborado y explícito en san Ireneo. La *Epideixis* es claro testimonio de una pneumatología verdaderamente desarrollada, cuyas líneas esenciales marcarán la pneumatología posterior de modo especialmente fecundo en Orígenes, san Atanasio y los Capadocios. Podría decirse que toda la pneumatología posterior a Ireneo, especialmente la patrística, aparece como desarrollo de las virtualidades contenidas ya *in nuce* en su pensamiento, el cual, a su vez, no es otra cosa que explicitación de la *regula fidei* y de la teología bautismal.

Esto mismo debe decirse también de los tres grandes Capadocios. En medio de los avatares del siglo IV y del enjambre de modalismos y subordinacionismos que se entrelazan con las luchas de poder tanto político como religioso, la serena visión de Ireneo y el dinamismo de sus ideas no sólo proporcionan a estos tres Obispos, grandes teólogos, los argumentos válidos para clarificar las situaciones confusas que afectaban al núcleo esencial de la fe, sino que les brindan unos cimientos en los que fundamentar ulteriores desarrollos teológicos menos polémicos.

La reacción de san Atanasio frente a los pneumatómacos fue una gran lección para todos, especialmente para los Padres del siglo IV. Para Atanasio, la unión del Espíritu con el Hijo es afirmación irrenunciable para el teólogo; forma parte de esa lección la firmeza con que defiende que el Espíritu Santo pertenece a la esfera de lo divino, y la fuerza con que subraya que el Espíritu Santo es el Santificador. A esto ha de sumarse otro rasgo de suma importancia: la paciencia y la sabiduría con que supo reunir un impresionante *dossier* escriturístico sobre el Espíritu Santo, prácticamente exhaustivo, en las *Cartas a Serapión*.

A pesar de la sobriedad de las afirmaciones pneumatológicas del Símbolo del Constantinopolitano I, este Concilio es el fruto maduro de la esforzada marcha teológica que va desde el a. 359, fecha de las Cartas de san Atanasio a Serapión, que se consideran como su punto de partida, hasta mayo del a. 381, fecha de la celebración del Concilio, que se considera como el punto de llegada de este gran esfuerzo de pensamiento. En este período brillan con luz propia los tres grandes teólogos sobre los que versa el presente trabajo.

La contribución pneumatológica de los Padres Capadocios trae consigo, entre otras cosas, un gran desarrollo de toda la teología trinitaria, comenzando por la distinción entre *ousía* e *hypóstasis* que se

hace general a partir el año 362. San Basilio afirma explícitamente que la naturaleza divina es única en número y que, en el seno de la divinidad, la distinción sólo puede darse por las *particularidades* que hacen que cada Persona sea ella misma y que no pueda ser otra; esta doctrina se encuentra más desarrollada en san Gregorio de Nacianzo, que habla con mayor claridad que Basilio de la divinidad del Espíritu y de su consustancialidad con el Padre. El Nacienceno no sólo llama *theós* al Espíritu Santo, sino que se plantea la cuestión de por qué la revelación de su divinidad ha sido posterior a la revelación de la divinidad del Hijo, y relaciona este hecho con las etapas de la historia de la salvación; Gregorio llama la atención sobre la *ekporéusis*, como diferente del concepto de *generación*, cuestión que tanta importancia tendrá en la historia posterior de la pneumatología. Para adentrarse en la exposición de cómo es el Espíritu de Dios, san Gregorio de Nisa retoma la ya conocida denominación del Espíritu como *soplo de Dios*, tan utilizada por san Atanasio y san Basilio y san Gregorio de Nacianzo; inseparable del Logos, el Espíritu procede del Padre, simultáneamente con Él en una eternidad sin antes ni después. Lo que Gregorio llama «piedad» no es otra cosa que la fe bautismal.

Estos pensamientos son prácticamente idénticos a los que ya se encuentran en la *Epideixis*, y llevan consigo todo el venerable peso de la tradición litúrgica eclesial. Se ha escrito con razón que la pneumatología del Niseno es uno de los momentos más altos de su reflexión teológica. Es justamente en el *Ad Ablabium* donde esta reflexión encuentra una de sus expresiones más elevadas. La distinción de las Personas proviene de que Hijo y Espíritu proceden del Padre: el Hijo inmediatamente; el Espíritu por mediación. La relación del Espíritu con el Unigénito marca indiscutiblemente la igualdad y la distinción entre el Hijo y el Espíritu. Decir que el Hijo tiene una cierta mediación en la procesión del Espíritu facilita a Gregorio el dar razón del *ordo trinitarius*: el Espíritu Santo es la tercera Persona y nunca se le puede considerar la segunda.

En cuanto a la visión de conjunto de la pneumatología, es de suma importancia el pequeño tratado de Gregorio de Nisa sobre el Espíritu Santo (*Adversus Macedonianos pneumatomachos, de Spiritu Sancto*), que parece escrito con posterioridad al I Concilio de Constantinopla, dada la seguridad de sus afirmaciones. La doctrina sobre el Espíritu Santo del Niseno está plenamente desarrollada aquí no sólo en cuanto a su naturaleza, sino también en cuanto a sus *idiómata*, es decir, en cuanto a aquellos conceptos con los que distinguimos al Espíritu Santo del mundo creado y también de las otras dos Personas divinas.

El Concilio I de Constantinopla es como el punto de llegada de la gran marcha teológica del siglo IV; a la vez se le puede considerar como el punto de partida para nuevos desarrollos. Este parece ser el caso del *Adversus Macedonianos*. Miguel Brugarolas estima este pequeño tratado como una síntesis del pensamiento pneumatológico de Gregorio. Según esto, desde este tratado se obtiene la mejor perspectiva sobre toda la doctrina nicensa en torno al Espíritu Santo. Esta perspectiva facilita indiscutiblemente la percepción de su coherencia y de su riqueza de matices; también su progresión sobre el pensamiento de los otros dos Capadocios que le han precedido.

En cualquier caso, el *Adversus Macedonianos* contiene descripciones de las notas del Espíritu Santo tan perfectas como ésta:

«En primer lugar, el Espíritu Santo [procede] de aquellos que son santos por naturaleza (ἀπο τῶν κατὰ φύσιν ἁγίων), y es lo mismo que es el Padre, el cual es santo por naturaleza, y de igual modo el Unigénito. Así también el Espíritu Santo. Y en cuanto que es vivificador e incorruptible, inmutable y eterno, sabio y justo, recto, señor, bueno, poderoso, dador de todos los bienes y en primer lugar de la vida misma, estando en todas partes, está presente en cada uno y llena la tierra; permanece en el cielo y está difundido en las potestades celestiales; llena a cada uno según su mérito y sin embargo permanece entero; está junto a cada uno conforme lo merece y sin embargo no se separa de la santa Trinidad. Siempre escruta las profundidades de Dios; siempre recibe del Hijo, es enviado, pero sin embargo no se separa; es glorificado y, sin embargo, posee la gloria. En efecto, aquel ser que da a otro la gloria la posee evidentemente en medida sobreabundante. Pues, ¿cómo puede dar la gloria un ser que está privado de gloria? Si alguna cosa no es luz, ¿cómo mostrará la gracia de la luz? Por la misma razón, tampoco podrá mostrar poder glorificador quien no sea él mismo gloria y honor y magnificencia y majestad» (GNO III/1, 108-109).

Esta larga cita del *Adversus Macedonianos* es una buena muestra de la madurez que alcanza la pneumatología en los años inmediatamente posteriores al Concilio I de Constantinopla; es también una invitación al lector para que se adentre por los venerables escritos de los tres Capadocios, enriqueciendo así su conocimiento y su piedad hacia el Espíritu Santo. El lector no realizará este recorrido en solitario; su itinerario estará facilitado por este trabajo de Miguel Brugarolas, que le ayudará a profundizar en esos hermosos textos.

Pamplona, 2 de enero de 2012,
Fiesta de San Basilio Magno y de San Gregorio de Nacianzo
Lucas F. Mateo-Seco